

# Fidelidad

NEFELIBATA



MARCO MISSIROLI

# Fidelidad

Traducción de Montse Triviño



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2020

Para Maddalena, una vez más  
Para Silvia Missiroli

«Así sabemos que estamos vivos, porque nos equivocamos».

PHILIP ROTH

–Tu mujer me ha seguido.

–Mi mujer.

–Hasta aquí. –Sofía lo observó fijamente–. ¿Profesor?

Él miraba hacia la entrada del aula.

–Creo que está en el patio.

Carlo Pentecoste se acercó a la ventana y reconoció a Margherita por el abrigo de color amaranto que llevaba desde el segundo día de primavera. Se había sentado en el muro bajo y leía un libro, otra vez Némirovsky, tenía las piernas cruzadas y con la mano libre sujetaba la mochila. Marzo tocaba a su fin y una neblina inesperada invadía Milán.

Carlo se volvió hacia los alumnos. Sofía se estaba preparando en la segunda fila y había sacado el cuaderno y las almendras. No aparentaba los veintidós años que tenía, con su cara diminuta y sus movimientos delicados que suavizaban aquellas caderas inesperadas. Lo miró, con la misma aprensión que cuando el rector los había convocado a los dos después de que una novata los hubiera sorprendido en el lavabo de la planta baja: él encima de ella, acariciándole el cuello con las manos o algo así, en vista de que la novata primero había contado una versión y luego otra, innumerables versiones, todas ellas reforzaban el rumor según el cual el profesor Pen-

tecoste y una alumna suya habían protagonizado un estrecho encuentro de naturaleza ambigua.

No empezó la clase, sino que se puso la chaqueta y salió del aula, bajó la escalera, aminoró la marcha en el vestíbulo y regresó hacia los lavabos. Había vuelto allí con un colega para aclarar el tema, había vuelto con el rector. Y ante cada uno de ellos había escenificado la reconstrucción de lo que él llamaba un malentendido: entrar en el váter de hombres, mear, salir al espacio común, lavarse las manos, la cara, secárselas, escuchar un golpe en el váter de mujeres, darse cuenta de que la puerta estaba entornada y encontrar a su alumna Sofia Casadei casi desmayada. ¿Qué quería decir con «casi»? Se había inclinado sobre ella y la había llamado varias veces por su nombre, la había ayudado a sentarse y a levantarse –al rector le había explicado cómo– y durante unos momentos la había apoyado en un rincón. La cosa no había durado más de unos minutos, luego la chica se había recuperado y él la había acompañado a lavarse la cara: ni siquiera había visto a la novata.

Se detuvo antes de dirigirse hacia su mujer y consultó su móvil: Margherita no le había dicho que se iba a pasar. Prosiguió en dirección al patio, donde ella aún leía sentada en el muro bajo.

–Tu abrigo es inconfundible –dijo, señalando la ventana del aula.

–Estoy descansando el tendón. Pensaba subir ahora. –Cerró el libro y se puso en pie–. Te lo has dejado –le dijo, mientras le entregaba un frasco.

–Has venido por un antihistamínico.

–Ya tuve bastante con verte mal la semana pasada.

–No quiero que fuerces la pierna.

–He venido en metro –dijo ella, mientras le colocaba bien el cuello de la chaqueta–. Yo que tú hoy daría la clase al aire libre, la neblina tiene su encanto.

–Se me distraen –dijo, y le puso una mano en la parte baja de la espalda, como cuando se habían conocido en una cena en casa de la hermana de él. Por la curva en la zona lumbar, había intuido un cuerpo entrenado–. ¿Quieres subir? Tengo que empezar.

A Margherita le gustaban sus manos, que no eran propias de profesor. Dejó que él la ayudara a ponerse la mochila y luego lo acompañó a la entrada.

–De verdad has venido hasta aquí solo para.

–He venido porque he venido –dijo.

Le señaló el reloj y lo animó a darse prisa. Él sonrió y se marchó.

En cuanto lo vio desaparecer más allá de la escalinata, Margherita se apoyó en la puerta de cristal y bajó la cabeza. ¿Por qué no había tenido el valor de acompañarlo hasta la clase? ¿Por qué no tenía arrestos, como decía su madre, de cruzar aquella entrada y dirigirse hacia *aquel* lavabo? ¿Y por qué temblaba ahora? Se alejó despacio, tenía ganas de pararse pero se obligó a llegar hasta la calle, cruzó la verja y se abrochó el abrigo. Se detuvo y cerró los ojos para buscar en su interior un asidero que le permitiera canalizar su desánimo: pensó en los cincuenta minutos que llegarían dentro de poco y que la hacían sentir distinta. Distinta y seducida. Los anotaba en su agenda con la expresión «Fisioterapia», que significaba también «aventura». Probó con eso y lo atesoró como un antídoto contra la inseguridad mientras dejaba a su espalda la universidad y se dirigía a la parada de taxis. Le dolía la pierna desde que se había despertado. Un tormento que nacía en el pubis y descendía hasta la rodilla, surgido después de haber estado corriendo en el gimnasio, tres meses atrás. Desde entonces, pensaba en detalles que la entristecían: los tacones que había cambiado por zapatillas deportivas, re-

nunciar a las visitas en edificios sin ascensor, no poder correr detrás de un niño.

Cogió el teléfono y vio un mensaje de la propietaria de *corso Concordia*: «Ya he firmado, querida Margherita. Ahora os toca a vosotros». Y otro de su colega: la agencia había recibido las llaves para iniciar la venta. Tenía una llamada de su madre. La ignoró, se quedó con el teléfono en la mano y consiguió no entrar en Facebook. Cada vez que abría el perfil de Sofia Casadei se le ocurrían ideas raras, la cafetería en la que trabajaba, el bar en el que desayunaba por las mañanas, el barrio en el que vivía, acercarse a todos esos sitios. Llegó a la fila de taxis, dio la dirección de Fisiolab, *via Cappuccini 6*, y se relajó acomodándose en el asiento y cerrando los ojos. El taxista le propuso alargar un poco el trayecto porque estaban haciendo obras en la ronda interior de circunvalación, ella le dijo que vale y ya no pensó en nada más. De vez en cuando echaba un vistazo por la ventanilla, Milán y el ir y venir en las aceras, los porteros delante de los edificios. Luego se acordó de su madre, le devolvió la llamada y la oyó contestar al primer tono.

–Mamá.

–Estaba a punto de llamar al lampista.

–¿Qué pasa?

–La –dijo, y cogió aire–, la mierda esa de caldera.

–Buenos días.

–Siempre me ha gustado decirlo, pero tu padre afirmaba que las mujeres deben tener la boca limpia. –Guardó silencio–. En fin, te he llamado para preguntarte por la casa de *corso Concordia*.

–Justo ahora me acaban de escribir.

–¿Y qué te parece?

–No tiene ascensor, pero es interesante. Envío a Carlo a verla antes de anunciarla en la agencia.

- ¿Y la pierna?  
–¿Tú qué haces cuando tienes una sospecha?  
–Te duele, lo sabía.  
–¿Qué haces?  
–¿Qué clase de sospecha?  
–Una sospecha.  
–Una sospecha es una prueba.  
–No estamos en *Un giorno in pretura*, mamá.  
–Es la vida, tesoro. –Titubeó–. ¿Quieres contarme a qué te refieres?  
–Ya he llegado, te tengo que dejar.  
–Hija mía –dijo, aclarándose la voz–, mañana en la visita podrás despejar todas tus sospechas.  
–Ay, señor.  
Su madre resopló.  
–Hace meses que quieres ir y a mí me ha costado mucho trabajo conseguírtela: diez y media, *via Vigevano 18*, timbre F.  
–Recuérdame por qué me dejé convencer.  
–Porque iba Dino Buzzati. Apúntatelo en el dorso de la mano.  
–Y tú apúntate el cumpleaños de mi suegra.  
–No voy.  
–Oh, sí, claro que vienes.  
–Oh, no. Pero tú pasa a ver a tu madre antes o después, solo si te apetece.

Su madre había enterrado al marido y había permanecido despierta tres días, sentada en el sillón donde él solía leer el periódico los domingos por la mañana. Finalmente había dicho Y ahora para quién cocinaré, y durante un tiempo no había querido hablar de aquel hombre que las había acostumbrado a los rituales, a los mercadillos de trastos usados, a Tex Willer, a la moderación. Había sido un hombre de silencios y para notar su adiós, ella y su madre se habían te-

nido que inventar ruidos. Discutir, telefonearse, mostrarse alegres.

Pagó el taxi y bajó delante de FisioLab. Estaba acalorada, pero sabía que era de impaciencia. Abrió la mochila y comprobó que llevaba el bañador, el gel de ducha, la toalla y el peine. Se presentó en la recepción y se dirigió al vestuario, se puso el bañador debajo de los pantalones cortos –se había comprado uno nuevo después de comprender a qué clase de terapia debía someterse–, se recogió el pelo, se llevó el teléfono y los auriculares y se puso en marcha con la duda de si la esteticista habría hecho su trabajo con prisas. Cogió la botellita de agua que el centro regalaba a los clientes y se dirigió al gimnasio de rehabilitación. Andrea era puntual y también lo fue aquel día. Le estrechó la mano y le preguntó qué tal iba el dolor, ella respondía siempre «Entrecortado» y se abandonaba al sonido del biombo cerrado con un golpe seco, acostumbrada ya a compartir aquel espacio reducido con un joven muy serio de veintiséis años que intentaba aliviarle una inflamación casi crónica. Él la invitó a tenderse, ella se rozó la cinturilla elástica de los pantalones cortos y lo miró, él asintió y ella se los quitó. El joven cogió el electroestimulador y se lo apoyó en la cara interna del muslo, subió hacia la ingle e insistió en el pubis aplicando la presión adecuada. Cuando eso sucedía, Margherita se concentraba en uno de los paneles del biombo y se obligaba a respirar despacio. Aquel calentamiento –como lo llamaba él– duraba los diez minutos que ella tardaba en vencer la incomodidad. Luego se confiaba. La convencía la firmeza de Andrea, la experiencia de aquellos dedos, la vista baja. También él miraba hacia otra parte, excepto cuando –como en aquel momento– guardaba el electroestimulador y se disponía a apartarle el bañador un poco más: era el momento en que Margherita quería ver en él un principio de excitación, quería verlo ignorar la

deontología. Intentaba percibir indecisión en aquellos dedos mientras presionaban el pubis y buscaban el tendón. Él utilizaba el pulgar y el dedo corazón, a veces el índice, apretando como si quisiera hacer un agujero. Durante la primera sesión, Andrea le había explicado cómo se iba a desarrollar la fisioterapia: la acción antiinflamatoria de las máquinas, el efecto reductor de las manos, los ejercicios que tendría que realizar en el gimnasio. Necesitaría veinticinco sesiones, además de las visitas de control y las ecografías, todo por un total de dos mil ochocientos veinte euros. No se lo podía permitir, o casi no podía, y lo había intentado a través de la sanidad pública, pero se había perdido en las larguísimas esperas y había sucumbido a la decisión que su padre habría definido como «fácil». Fácil era pagarle tres mil euros a un fisioterapeuta privado, fácil era hacerse regalar un Interrail cuando era adolescente, pese a no haber sacado las mejores notas de la clase, fácil era contentarse con un trabajo de agente inmobiliaria cuando tenía mente de arquitecta. Fácil, probablemente, era confundir una manipulación terapéutica con la lujuria.

Y mientras se dejaba tocar por su fisioterapeuta con la intensidad adecuada en una zona fronteriza, a la espera de comunicarle dónde se encontraba el punto exacto del dolor, Margherita volvió allí: su marido, la puerta de los lavabos, el edificio 5 de la universidad, planta baja, lavabo de señoras. Aquel era el «punto exacto» que le dolía desde hacía dos meses. Eludió el pensamiento, como se había acostumbrado a hacer durante las últimas semanas, subvirtiendo todos los frentes. ¿Era una hija atenta y solícita? Podía serlo muchísimo menos. ¿Era una agente inmobiliaria que no abusaba del tiempo entre una visita y otra? Podía abusar. ¿Era una paciente que nunca se dejaría seducir por tres dedos expertos? Podría dejarse. Cada vez que se le presentaba el recuerdo de

aquellos lavabos, ella «podía» subvertir su propia naturaleza, para distraerse de la sospecha.

Andrea le preguntó si el dolor se detenía exactamente donde le estaba dando un masaje. Le habría bastado con decir «Más a la derecha» para hacer realidad su fantasía. Andrea se habría desplazado más a la derecha y el efecto hubiera sido el que deseaba: disfrutar, Dios bendito.

En cambio, dijo:

–Más a la izquierda.

Él desplazó los dedos.

–¿El dolor aumenta por la noche?

–Depende del día.

–¿Haces los ejercicios?

–Depende del día –dijo, mientras se recolocaba sobre la camilla–, en teoría soy una mujer cumplidora.

–Eso dicen todas.

–¿Todas?

–Y luego se echan atrás.

–¿Y eso qué significa?

–Que no afrontan el problema de verdad. –Presionó suavemente–. Aquí se ha densificado, ¿lo notas?

Ella guardó silencio. Era «todas» las mujeres que llenaban aquel lugar, el conjunto comprado especialmente para la ocasión, los pendientes de perlas y la casa en el centro de la ciudad, el marido de comportamiento discutible, la docilidad.

–Se nota que te gusta tu trabajo, Andrea.

Él disminuyó la intensidad de la presión.

–Quiero decir que eres muy bueno. ¿Te dicen que eres bueno?

–Alguna vez.

Se apartó de ella, rodeó la camilla y frotó con los dedos la parte baja de la pierna, para luego ir subiendo despacio.

Margherita lo notó acercarse a la ingle sin prisas, palpando el tendón centímetro a centímetro. Se permitió imaginar cómo sería Andrea en la cama. Salvaje, tal vez, inexperto, seguramente. Durante un segundo, pensó en los dos inmuebles vacíos a los que habría podido llevarlo: *via Sabotino 3*, el apartamento que no conseguían alquilar porque los gastos de comunidad eran muy altos, y *via Bazzini 18*, un piso de tres habitaciones con un pequeño *jacuzzi*.

—Más a la derecha —susurró de golpe, sorprendiéndose a sí misma.

Él fue un poco más despacio.

—¿Más a la derecha?

—Un poco.

Él sabía que más a la derecha no podía ser. Tenía el tendón entre las yemas de los dedos, en el punto exacto en que dolía, y se lo estaba ya pellizcando lo mejor que podía. Más a la derecha era arriesgado, a menos que fuera un movimiento mínimo: bajar el meñique para saborear el calor, la humedad, la consistencia distinta y después volver a levantarlo, sin haber interrumpido el trabajo en ningún momento. No lo había hecho nunca, pero sus colegas le habían mostrado cómo ejecutar la maniobra conservando una expresión muy profesional. Cada vez que llegaba un caso de tendinitis en los abductores y la paciente era «interesante», se peleaban para ver a quién se la asignaban. Margherita le había tocado a él por su aparente invisibilidad. Una mujer mona, casi pálida. Sin embargo, había resultado tener un cuerpo lleno de sorpresas: y no por la armonía muscular, las piernas sinuosas y fuertes o las caderas lisas, sino que había sido una revelación por la forma en que predisponía el tendón, las articulaciones y en general toda ella a los cincuenta minutos de tensión curativa. Le encantaban los silencios de aquella mujer, porque le per-

mitían trabajar concentrado. Margherita daba la sensación de no tener pensamientos y luego, de repente, de tenerlos. Así que no la miraba nunca, como si le diera miedo la idea de sorprenderla en aquellos fogonazos mentales. En lugar de eso, la oía: desprendía una fragancia para él desconocida –casi de leche– que se le quedaba pegada a la piel hasta que se metía bajo la ducha.

Consultó el reloj, aún disponía de cinco minutos. La ayudó a flexionar la pierna y le preguntó dónde se intensificaba el dolor al doblarla, comprendió que debía disolver una pequeña contractura a nivel isquiotibial. Se apoyó en el hombro el tobillo de ella y le masajeó la parte posterior del muslo, pellizcando la franja muscular. Cuando encontró el bloqueo, hundió los dedos. La oyó gemir como durante las primeras sesiones, una especie de lamento y no un grito. Ten paciencia, le dijo, y hundió de nuevo los dedos para escuchar otra vez aquel gemido que parecía otra cosa. ¿Era como sus colegas, entonces? Le hizo un masaje ligero y rápido, hasta que se le entumeció el brazo. Luego le acomodó la pierna sobre la camilla.

–Ahora haz un rato de elíptica y luego Alice te ayudará con los ejercicios.

–¿Alice?

–Hoy tengo que salir antes. Pero mañana tienes que volver. No me gusta nada cómo se te ha inflamado.

–¿Mañana?

–Si puedes sí.

Ella reflexionó.

–Puedo a las nueve. –Se incorporó y dejó colgar las piernas a un lado de la cama–. ¿Y qué planes tienes para esta tarde?

Él empezó a abrir el biombo.

–Bueno, no es asunto mío, perdona. –Ella se puso los pan-

talones—. Es que una tarde libre en Milán siempre es una novedad.

—Muy libre no será.

—¿En serio? —Margherita hizo una mueca de incomodidad—. Perdona, es superior a mí —dijo y, tras pasar junto a él, se acomodó en la elíptica de la sala de máquinas.

Andrea se la quedó mirando y luego se dirigió al vestuario. Se cambió de prisa, cuando salía de FisioLab dejaba de pensar en ella y en el resto de sus pacientes. En otros tiempos, se llevaba los cuerpos consigo: cómo arreglarlos, en cuánto tiempo, cómo optimizar las sesiones. Luego había aprendido a olvidarlos, caminando por el Milán de las calles señoriales en torno a *via Cappuccini*, el hormiguero repentino que era *corso Buenos Aires*, el tráfico rabioso de la ronda de circunvalación, el Milán complicado. «Complicado» era el adjetivo que sus maestras —y en realidad todo el mundo— le atribuían desde la infancia. Complicado: habla poco. Complicado: no escucha. Complicado: le ha pegado a un compañero de clase. Complicado: ha abandonado a su perro de un día para otro. Complicado: nunca había tenido novia y luego demasiadas novias equivocadas. Complicado: Andrea Manfredi. Y cuando su madre había dicho que él era complicado como Milán —difícil solo a simple vista—, él había sabido lo que significaba sentirse comprendido.

Ahora necesitaba ese «sentirse parte» mientras pasaba junto a la Villa Invernizzi y los improbables flamencos en la fuente, bajo la ostentación de los edificios de estilo Liberty ennegrecidos por el tráfico, volviendo atrás por las calles que desembocaban en Porta Venezia, entre maricones, africanos y burgueses, y siguiendo los raíles de *viale Piave* cubiertos de hierba fresca. Los siguió durante un kilómetro —tenía la costumbre de pasear con las manos en los bolsillos y los hombros

encorvados, casi elegante—, llegó a *piazza* Tricolore y cogió el 9 hasta Porta Romana, que antes de ponerse de moda había sido el arrabal de Milán. Se había criado allí, sus padres regentaban desde hacía veintitrés años el quiosco que estaba delante de la iglesia de Sant'Andrea. Gracias al quiosco se había costeado los estudios de fisioterapia, trabajando desde el amanecer durante seis veranos seguidos y dos inviernos completos. Sabía colocar los periódicos y tenía su propia filosofía a la hora de exponer los productos: entre las revistas introducía siempre un intruso, cómics de Marvel, libros ilustrados de animales o álbumes de Panini. Su padre lo dejaba hacer y luego lo reordenaba todo. Aquel día estaba inclinado sobre una caja y apilaba con esmero los de la colección Urania de segunda mano, que se vendían a dos euros.

—Yo no voy —dijo, cuando vio llegar a Andrea.

—Qué cabezota es —dijo su madre, mientras salía del quiosco y le hacía un gesto.

Andrea cogió a su padre por un brazo y lo ayudó a levantarse, tenía los ojos húmedos, lo retuvo allí mientras la madre le pasaba una carpeta con los informes médicos.

—Decidme algo.

Cruzaron la calle y pasaron junto a la iglesia. Caminaban muy juntos, como si tuvieran frío, y luego el anciano repitió Yo no voy.

—Hemos tenido que esperar dos meses para que te dieran hora.

—Pareces tu madre.

—Solo es un control.

—No insistas.

—Haz lo que quieras.

Hacía lo que quería desde que los chicos del bar Rock lo habían encontrado tendido en el suelo, delante del quiosco, su-

jetándose el brazo izquierdo y diciendo que le dolía el pecho. Había salido del hospital con tres baipases y la proclama de que el Vaticano –no el papa, sino los cardenales– y el Inter –no Moratti, sino los jugadores– le habían provocado aquella tremenda angustia. Y luego había dicho: el quiosco. Los médicos le habían dado la razón, dormir solo cuatro horas durante toda la vida le había minado el miocardio. Así que había decidido dormir una hora más, había dejado de desgañitarse delante de *La Domenica Sportiva*, de acongojarse, de dar cuatro caladas a los Marlboro de su mujer. Había dejado de proveer antes de que las necesidades salieran a la luz. Andrea se las apañaría solo. Maria se las apañaría sola. Él solo tenía una obligación: cuidar de sí mismo.

–Déjate visitar y listos.

–Cómprate otro perro y no te preocupes por mí.

Andrea lo seguía medio paso por detrás y continuó siguiéndolo hasta que llegaron al banco que estaba junto a los columpios. Se sentaron; el sol era débil por la neblina y el padre se abotonó hasta arriba el polo. Se perdía en los vaqueros y las piernas le oscilaban como péndulos.

–Te compras un pastor alemán y santas pascuas.

En el banco de enfrente había una chica sentada que tenía una mochila de cuero sobre el regazo de la que sacaba algo y se lo comía. Andrea la miró, le pareció melancólica.

–O un pastor de Maremma.

El padre irguió la espalda, se sujetó un hombro.

–Cómpratelo tú.

–Así dejas de ocuparte de mí –dijo, cogiéndose el hombro.

–¿Qué te pasa?

–El taburete me deja agarrotado.

Andrea se contempló las manos. Eran amplias y tersas, el anular más largo que el índice. Las unió y las frotó, lo hacía siempre cuando estaba indeciso. De reojo observó a su padre,

que se cogía el hombro. Trató de ignorarlo, se concentró en la muchacha melancólica y se dio cuenta de que ella también lo estaba observando. De fondo, se escuchaba el parloteo en los columpios de unas niñas sudamericanas. Se acercó las manos a la cara. Aún olían a Margherita. Las bajó.

–¿Agarrotado dónde?

–La señora Venturi ya no compra el *Corriere della Sera* porque su marido lo lee en el ordenador.

–¿El hombro?

–Cuando yo ya no esté, vende enseguida el quiosco.

–¿El hombro y ya está?

–Y un poco el cuello.

–Apóyate bien y deja los brazos a los costados.

–Vende el quiosco enseguida, ¿me has oído?

–Haz lo que te he dicho.

El padre no se movió y Andrea se colocó detrás del banco, lo ayudó a apoyarse bien en el respaldo y nada más empezar a darle un masaje se dio cuenta de lo delgado que estaba y tuvo miedo de hacerle daño. Tenían la misma nariz, pero era la expresión huidiza lo que les daba un parecido de padre e hijo. Sofia dejó de mirarlos y terminó de masticar la almendra, cogió la mochila y se la colocó a la espalda. Había salido a mitad de la clase de Pentecoste, había cogido la línea 91 y había bajado nada más ver el parque Ravizza desde la ventanilla del trolebús. Desde que se había marchado de Rímìni, necesitaba espacios abiertos. Seis meses atrás había llegado a la Estación Central desprovista de deseos y con el presentimiento de que su vida iba a cambiar, pero seguía en el mismo punto de partida: una joven provinciana de veintidós años que hacía cosas de las que luego se arrepentía.

Caminó por la hierba y llegó a la calle tras lanzar un último vistazo al anciano y al chico que le daba un masaje, que ya

casi se confundían entre la niebla. Siguió avanzando despacio, Porta Romana era un barrio que la tranquilizaba, con sus casas de tejado bajo y sus tiendas, pero después de pasar frente a la iglesia se detuvo y admitió que le hubiera gustado pedirle disculpas a Pentecoste. Acercarse a su mesa ante la mirada de sus compañeros de clase la había expuesto a nuevas sospechas. Había querido confesarle que en realidad su mujer no la había seguido, que se la había encontrado casualmente haciendo el mismo trayecto que ella. Pero ¿qué le habría respondido si él le hubiera preguntado por qué lo había engañado? Cuando había visto a la mujer de Pentecoste en el metro, se había escondido entre los pasajeros para poder espiarla y la había seguido a distancia hasta la universidad. La había visto sentarse en el jardín y luego ella había subido a clase y se había acercado al profesor para contarle aquella mentirijilla. Y mientras se la contaba, había experimentado una sensación de justicia: tras el malentendido de los lavabos, él había mantenido las distancias, no le había ofrecido posibilidad alguna de diálogo, menos aún para hablar sobre el segundo relato, que le había entregado ya hacía casi dos meses. La había dejado, pues, con la crítica del primero, que Pentecoste había considerado inconsistente.

–¿Inconsistente?

–Inconsistente.

Por eso le había entregado el segundo, de siete páginas escritas a mano, en el que narraba lo que había ocurrido en el Fiat Punto con su madre. Lo había titulado «Así están las cosas». Cuando el profesor lo había recibido, un miércoles por la mañana, le había dicho que no aceptaba trabajos no solicitados. Ella se había quedado con las hojas entre los dedos, las había dejado sobre la mesa, y no les había quitado el ojo de encima durante toda la clase, hasta que él las había recogido con los libros y el portátil, las había metido en su bolsa y había evitado mirarla,

como cuando los había convocado el rector y él ni siquiera la había considerado digna de complicidad, pese a saber que dependía completamente de lo que ella pudiera decir. Ella se había atendido al guion: se había encontrado mal en los lavabos, él la había socorrido y la había ayudado a ponerse en pie. El rector había ratificado que el asunto no tendría consecuencias, que ni siquiera hubiera profundizado de no ser porque el propio Pentecoste había insistido. Para llegar a la versión común, Sofia se había reunido con el profesor dos días antes en un bar del barrio chino. Habían elaborado entre los dos una crónica minuciosa, con secuencias y gestos naturales, con una sincronización perfecta. La habían maquinado, la habían repetido y luego habían dedicado el resto del tiempo a charlar sobre esto y lo otro. Después de salir –él había pagado la cuenta– y despedirse, ella había recorrido a pie la calle que conduce al Cementerio Monumental, había cogido su teléfono y había apagado la grabadora. Luego se había puesto los auriculares para volver a escuchar la grabación una, dos, tres veces. Que hubiera decidido grabar era la mejor prueba de que de casta le viene al galgo. Protegerse, prevenir, defenderse de la realidad que lleva en su seno eternas persecuciones. Era la obsesión de su familia. Los números te darán para vivir, los libros no: diplomatura de tres años en Economía del Turismo. No dejes la danza, podría contratarte una compañía famosa. No te fijes en los hombres mayores que tú. En Milán solo perderás el tiempo. Conservar los cincuenta y un minutos y treinta y siete segundos de la grabación era la prueba de que ella también era «eso». Existía, sin embargo, un detalle que la devolvía a sí misma: el timbre de la voz de Pentecoste. La cadencia suave, las oes apenas abiertas, la risa tímida y luego divertida, todo eso la excitaba. Puede que ella fuera «eso», obtener placer mientras se recreaba con el monólogo en el minuto veintiuno:

«¿Nos trae también una botella de agua mineral? ¿Tú quieres algo más, Sofia? Vale, pues solo el agua mineral, gracias. Estaba diciendo que mis padres me habían traído a casa un pollito como premio tras la operación de amígdalas, tendría yo cuatro años. Lo llamé *Alfredo* y lo teníamos en casa de mis abuelos, en la planta baja, dentro de una caja grande. Era muy educado y piaba poco y cuando estaba solo, lo dejaba suelto en la cocina y lo observaba mientras intentaba dar un saltito o un brinco, pero lo que más me intrigaba era volver a meterlo en la caja y enseguida concederle de nuevo la libertad. Ahora, pasados más de treinta años, he comprendido que lo que me interesaba era precisamente eso, el paso de la caja a la cocina, el momento en que aquellas patitas conseguían una propulsión tímida y al mismo tiempo irrefrenable, aunque eso no significaba que no me gustara verlo encerrado en la caja de cartón. Me fascinaba la transformación. Me interesa el cambio que alguien experimenta cuando se le presenta la posibilidad, ¿entiendes lo que quiero decir?».

Escuchaba el monólogo y pulsaba *stop* cuando Pentecoste decía «propulsión», volvía atrás y lo escuchaba otra vez. La «p» batiente, la «s» tímida. Propulsión, el pollito, Milán, el máster que estaba cursando, el trabajo en la cafetería a la que se dirigía en ese momento, introduciéndose por el estrecho callejón entre la basílica de San Nazaro y el parque Cederna. En la cafetería, ella mezclaba las clases de Técnicas Narrativas con su lado práctico, a veces incluso anotaba ideas en el bloc de pedidos. Era un sitio acogedor, con su parqué decapado y algunas propuestas veganas en el menú –el cuscús era el plato estrella–, le pagaban nueve euros netos la hora. Había visto el anuncio en el tablón de avisos de la universidad y le habían dado el puesto tras dos días a prueba, diciéndole únicamente que debía perfeccionar la técnica de dibujar un corazón o

un pequeño motivo en la espuma de los capuchinos. Trabajando seis turnos por semana, sin demasiadas horas extra, y descontando el alquiler, podría devolverle a su padre una parte de los siete mil euros que le había prestado para pagar el máster. Aquel día también se metería en el bolsillo cuarenta y cinco euros, reorganizaría las barritas de sésamo junto a la caja mientras charlaba de Jordania con Khalil, adornaría con cenefas de colores los bordes de la pizarra en la que anunciaban los platos especiales y trataría de mostrarse amable con los clientes. Y así conseguiría no imaginar su futuro en un lugar como aquel.

Cuando llegó, vio a cinco personas sentadas a las mesas, comió rápidamente un sándwich de salmón y aguacate, luego se cambió en el trastero, se anudó el delantal de modo que no le marcara demasiado las caderas, se quitó el reloj y se metió un poco de sal gorda en el bolsillo. Su tía decía que bastaban unos pocos granos para alejar los influjos negativos. Se reunió con Khalil y le dobló un poco mejor la manga de la camisa.

–Sigo echando de menos Rímini –dijo, mientras le acariciaba un hombro.

–Llevas aquí muy poco tiempo.

–Seis meses no es muy poco tiempo.

–¿No es poco para Milán?

–Hoy me encargo yo de la caja, ¿vale?

Se colocaron el uno junto al otro, ella con las cuentas y él con la cafetera. Cuando no había nadie estaban en silencio, o a veces Khalil le pedía que hicieran juntos una lista de tareas. Se lo pidió también ese día, ella cogió una nota adhesiva y empezó a escribir «Limpiar la cristalería», él respondió «Tirar basura», ella «Preparar suministros desayunos», él «Revisar hoja de turnos», ella «Cortar la fruta», él «Rezar cinco veces».

–Pero ¿tú no eras un jordano cristiano?

–Críate tú con un noventa y cuatro por ciento de musulmanes y veremos si no te vuelves competitiva.

Ella sonrió.

–Y ahora, chica de Rímini, escribe algo personal y termina la lista.

–Ya he escrito algo personal.

–¿Cortar la fruta? Felicidades, tienes un alma muy profunda.

Oyeron abrirse la puerta, Sofia levantó la cabeza y vio que era la mujer de Pentecoste. Había entrado y estaba acompañando la puerta para cerrarla. Sofia se dirigió a la cafetera y le preguntó a Khalil si podía sustituirla en la caja. Luego le dio la espalda a la sala, humedeció el estropajo y empezó a limpiar la superficie de trabajo. La mujer del profesor se acercó, leyó la carta en la pared y pidió un batido verde.

Khalil le preguntó si lo quería pequeño, mediano o grande.

–Pequeño ya está bien, gracias.

–Se lo llevamos nosotros a la mesa.

Sofia dejó a un lado el estropajo y colocó la tabla de cortar en el centro. Abrió los cajones refrigerados y cogió la manzana, el hinojo, la albahaca, la lima, el jengibre y empezó a cortar. Mientras cortaba se interrumpió y se volvió, la esposa del profesor se estaba sentando en uno de los taburetes, junto a la cristalera. Metió los ingredientes en la licuadora y pulsó siete veces. Llenó el vaso, colocó la tapa y la cañita, se lo dio a Khalil y se fue al trastero. Se apoyó en la pared, entrelazó las manos y se las acercó a los ojos. Se quedó allí, inmóvil, hasta que se dio cuenta de que debía volver. Cuando reapareció, Khalil estaba cambiando de emisora de radio.

–¿Estás bien, Sofi?

Pero ella observaba fijamente a la mujer del profesor, que bebía a sorbitos el batido y hojeaba una de las revistas. Se ha-

bía quitado el abrigo amaranto. Tenía una expresión absorta y el extremo de la pajita apoyado en los labios.

Khalil le hizo un gesto.

–¿Va todo bien?

Le dijo que sí y tiró a la basura las mondas de la fruta. Era la segunda vez aquel día que veía a la mujer del profesor, la tercera en total si contaba la inauguración del máster. Le había parecido una mujer atractiva, aún la recordaba bien, con la camisa de corte masculino y los zapatos de salón que combinaban con sus andares rápidos. En aquel momento le produjo la misma fascinación, con el flequillo castaño que le tapaba un ojo y las piernas enroscadas, como si descansaran la una alrededor de la otra, le recordó a Virna Lisi. Le gustaban mucho las películas antiguas en las que salía Virna Lisi, las había visto con su madre. Dejó de observar a la mujer del profesor y cogió el registro de pedidos, lo integró con el inventario que había hecho Khalil después de los desayunos. Se concentró en las existencias de leche semidesnatada –tenía que pedir una caja menos por semana– y luego oyó el ruido del taburete al girar sobre el parqué. Levantó la cabeza y vio que la mujer del profesor se acercaba. Llegó hasta allí.

–¿Puedo hablar contigo?

Sofía dejó el bolígrafo.

–¿Conmigo?

La mujer asintió.

Khalil las observaba.

–Ve, no te preocupes.

Sofía se retorció el delantal, luego pasó junto a la caja y se dirigió a la puerta. La mujer le dio las gracias a Khalil y la siguió. Se encontraron en la plazoleta de adoquines, cien metros más allá se alzaban los muros de la Universidad Statale.

–Eres Sofía y estás en el curso del profesor Pentecoste.

Asintió.

–Quería conocerte –dijo la mujer; mientras dejaba en el suelo la mochila y el bolso, se apartó el pelo de los ojos. Por su mirada, que parecía risueña aunque estuviera seria, se dio cuenta de que sí se parecía a Virna Lisi–. Quería preguntarte cuál es tu versión.

Dos chicos las rozaron al pasar junto a ellas para entrar en la cafetería.

–Mi versión de qué.

–Por favor.

–Bueno –murmuró ella, mientras toqueteaba el borde del delantal–. El profesor ya ha dicho que.

–Tú –la interrumpió la mujer–. Dímelo tú.

–Me encontré mal y él me ayudó.

–De verdad.

–De verdad.

–¿Y antes, antes qué paso?

La neblina se había disipado, daba la impresión de que podía volver a descender.

–¿Antes cuándo?

–Antes del día de los lavabos.

–Normal.

–¿Normal qué significa?

–Las clases, alguna que otra vez nos llevaba fuera para corregir cuentos. –Un border collie y su dueño pasaron junto a ellas–. Es su método.

–El método Pentecoste.

Sofía miró al border collie, que olisqueaba a otros dos perros que descansaban en un parterre.

–El profesor nos lleva a un sitio significativo y.

–Os da una clase allí.

–Sí.

–¿Dónde te llevó?

–A la hamburguesería.

–La de Bianciardi, en Brera.

Sofia asintió.

–¿Y dónde más?

–Una vez al barrio chino –dijo, mientras sacaba las manos del delantal y las dejaba colgando–. Esto parece un interrogatorio.

–Por favor –dijo la mujer de Pentecoste, tratando de sonreír–. ¿Por qué te llevó allí?

Rímini. Su padre y la bata azul de la ferretería. La base del faro amarillo en la punta este, volver.

–Éramos un grupito de estudiantes y el profesor quería que. –Se aclaró la voz–. Quería que ambientásemos un relato en aquella zona.

–O sea, ¿había más personas?

–Sí.

Mentir la obligaba a agachar la cabeza y miró al suelo.

–Tienes razón, parece un interrogatorio.

–No pasa nada.

–Encantada de conocerte, me llamo Margherita –dijo, acercándose para ofrecerle la mano.

Sofia correspondió al gesto, era una mano suave.

–Sentía la necesidad de hablar contigo, supongo que me entiendes. ¿Me entiendes?

Asintió, y era cierto. Le resultaba afín de un modo extraño, quizá porque no había sabido contenerse, o por aquellas caderas que no encajaban con un cuerpo de líneas rectas.

–Bueno, pues adiós –dijo Sofia, haciendo ademán de volver a entrar.

–Oye –dijo la mujer, que se había colgado el bolso al hombro. Sofia la miró.

–Oye, perdona que te haya abordado así.